

SOBRE LA EDUCACION DE LA MUJER.

Señor Presidente del Ateneo;—Señoras,—Señores:

Designada por el Señor Presidente de la Sección de Ciencias Morales para presentaros un trabajo acerca de la importancia de la educación de la mujer, he vacilado mucho antes de decidirme á aceptar tan honroso encargo, pues no se me ocultaba lo difícil que me sería llevar á buen término una comisión tan superior á mis débiles fuerzas.

A prestarme á ofreceros este imperfecto trabajo me han animado, en primer lugar, vuestra indulgencia, que solicito; y luego, la convicción que me asiste de que todos estamos obligados á contribuir, aunque sea con un grano de arena, cuando se trata de levantar el edificio del bien común.

La funesta guerra que me arrebatara al compañero de mi vida, mi natural sostén, me puso en el caso de dar pábulo al interés que siempre me ha inspirado la educación de la infancia.

Directora de un colegio de niñas, he podido observar los defectos de que en general adolece la educación femenina en nuestro país, y voy á permitirme señalaros los más notables de ellos, con la esperanza de que las ilustradas señoras que forman parte de este respetable auditorio, tomando nota de mis observaciones, corregirán, si las encuentran justas, los lunares que aminoran la belleza moral de la mujer peruana.

Las naciones, como los individuos, están expuestas á terribles sacudimientos, tanto en su naturaleza física como en la moral; sacudimientos que, agostando su vigor y sabia, llegan á poner en peligro su existencia.

La última guerra ha sido para el Perú uno de aquellos terribles cataclismos que conmueven el edificio social.

A la pérdida de tantos de sus buenos hijos, pérdida que nunca será bastante sentida y llorada, ha venido á unirse un profundo malestar, un casi desquiciamiento que, con sobrada justicia, alarma á los hombres pensadores y patriotas. Parece que la victoria, arrebatándonos los laureles á que la justicia de nues-

tra causa nos daba derecho á esperar, nos hubiera arrebatado tambien la confianza en los altos destinos de la Patria y la energía necesaria para alcanzarlos.

El desaliento y el escepticismo han venido á ocupar el lugar de la fe que vigoriza y centuplica las fuerzas.

Como los orientales, nos hemos entregado á un fatalismo vecino de la inercia, que nos conducirá indefectiblemente á un abismo insondable de males, si un enérgico esfuerzo no nos salva de la vorágine que amenaza sepultarnos.

Pero, ¿de dónde deberá partir el impulso que, cual la palanca que pedía Arquímedes, levante esta sociedad postrada; dé fé á los descreídos; resucite á este Lázaro?

Atrevimiento y grande os parecerá, sin duda, que yo, pequeña entre los menores, me atreva á señalar el remedio á tamaño mal, y á levantar la voz en este santuario del saber, en presencia de tan eminentes patricios, filósofos y hombres de estado. Pero cuantas veces la Providencia se sirve de débiles instrumentos para realizar los más altos fines, nos lo manifiesta la Historia con sus sabias enseñanzas.

La Francia, víctima de las divisiones intestinas y de la guerra exterior, hallábase próxima á perder su autonomia, cuando una humilde é ignorante pastora, inspirada por El que rige los destinos de las naciones, y sostenida por aquella inquebrantable fe capaz de trasladar una montaña, dió nuevo aliento á los fuertes guerreros que ya desmayaban ante la magnitud del peligro y . . . la Francia se salvó.

Excusad, pues, señores, mi atrevimiento; excusadlo en gracia de la buena intención que me guía, y permitid que os diga:—¿queréis regenerar á la sociedad? ¿queréis que el Perú se levante fuerte y vigoroso, sostenido por buenos ciudadanos que lo enaltezcan con sus virtudes y le hagan ocupar el puesto que le corresponde entre las naciones? Pues bién, si lo queréis, educad á la mujer; que mientras no haya madres de familia que comprendan la altura de su misión, no tendreis ciudadanos capaces de levantar á la Patria de la cruel postración á que sus grandes males la tienen reducida. Y su influencia es tan notable, que, observadlo, casi siempre tras un grande hombre encontrareis á una mujer, llámese madre, esposa ó hermana, que ha coadyuvado á sus triunfos y alentándolo en sus empresas.

La familia es al Estado, lo que las ondas al mar, la raíz al árbol, las moléculas al cuerpo; suprimid la familia y desaparecerá el Estado. Fuerza es, pues, que la regeneración de éste empiece por la familia.

Educad á la mujer; levantad su nivel moral haciéndola com-

prender que es la sacerdotiza del bien, la obrera del porvenir, y, como la onda sonora, su eco armonioso repercutirá en la familia y en la sociedad: y el Perú se salvará.

Por muchos siglos, fué la mujer el paria de la sociedad, considerada como un agente del genio del mal, como un ser inferior; aun se llegó á dudar de si tenía alma y se la calificó de anexo del hombre.

En las naciones antiguas, el nacimiento de un hijo era un fausto suceso que merecía celebrarse con cánticos y ceremonias solemnes; por el contrario, el nacimiento de una hija era motivo de aflicción y causa de oprobio para sus padres.

En la India, según las leyes de Manú, la mujer que sólo daba á luz hijas, podía ser repudiada por su marido.

En la culta Atenas, el padre á quien le nacía una hija manifestaba su pesar colgando á la puerta de su casa un vellón de lana, en vez de las guirnaldas de olivo con que gozosamente se anunciaba el nacimiento de un hijo.

Y las humillaciones del nacimiento eran, para la mujer, tan sólo un preludio de las que se le reservaban para el resto de su vida, durante la cual nunca salía de la condición de sierva, sujeta siempre á su padre, á su marido y hasta á sus propios hijos. Nunca llegaba para ella el día de la emancipación.

El Evangelio, ese sabio código de amor y fraternidad, vino á reparar esta injusticia secular, reponiendo á la mujer en su dignidad de compañera del hombre, en que le colocara el Creador.

Pero no es bastante haber roto las cadenas de la sierva; para completar su redención es preciso instruirla en los deberes que su posición le impone.

Mucho se ha trabajado en este sentido, y los más ilustres pensadores de éste y el pasado siglo se han preocupado de tan importante asunto.

El filósofo de Ginebra, en su Emilio, dice: «Los hombres serán siempre lo que las mujeres quieran; el que desée á aquellos grandes y virtuosos, eduque á éstas en la grandeza y la virtud». Y otro notable escritor contemporáneo ha dicho: «En el seno materno reposa el espíritu de los pueblos, sus costumbres, sus preocupaciones, sus virtudes; mejor: la civilización del linaje humano».

Pero ¿á qué aglomerar citas para convencerlos de una verdad que está en la conciencia de todos? Por fortuna pasaron ya los tiempos en que á la mujer, considerada casi como un mueble del hogar, aparte de las prácticas rutinarias del culto externo, sólo se la enseñaban los quehaceres domésticos; tiempos en que

se creía que la pluma era un instrumento peligroso en sus manos; tiempos en que, por una extraña aberración, se hacía á la ignorancia salvaguardia de su inocencia.

Pasaron ya aquellos tiempos de oscurantismo; y hoy se mide la cultura de las naciones por el grado de prestigio que en ellas goza la mujer. Testimonio de ello es la Gran República Americana, donde no sólo es mirada con particular respeto, sino que para ella, lo mismo que para el hombre, están abiertas de par en par las puertas del saber.

El Perú, siguiendo esta corriente civilizadora, luego que ingresó en el número de las naciones independientes, se apresuró á crear escuelas en las que, sin distinción, fueron admitidos ambos sexos á recibir el alimento de la inteligencia.

Cómo ha correspondido la mujer este llamamiento, la manifiesta el gran número de matronas y señoritas que con tanto acierto ejercen hoy el magisterio. Aun cuando por una lamentable inconsecuencia se la ha negado el acceso á la instrucción superior, ella, por sus propios esfuerzos, va ensanchando su esfera de acción.

Así, vemos algunas que contraídas al aprendizaje de la Telegrafía, prestan ya útiles servicios en las oficinas del Estado; que otra compatriota nuestra, despues de estudiar con lucimiento la Jurisprudencia, ha pedido al Congreso autorización para optar el grado de Doctora en leyes; en tanto que otra se perfecciona en la instrucción media con el propósito de estudiar la ciencia de Hipócrates.

Todo esto prueba, pues, que se ha dado un paso adelante en la instrucción femenina; pero vosotros sabeis, señores, que no deben confundirse la instrucción y la educación; y ésta, que todos sabemos es la más importante, sensible es decirlo, ha seguido un camino extraviado que nos aleja cada vez más del fin que debemos proponernos al educar á nuestros hijos. Este fin, diremos valiéndonos de la expresión de un docto escritor francés, no debe ser otro que formar un hombre ó una mujer; es decir, una criatura racional, sumisa al deber, amante de la verdad, que se sirva de sus facultades para alcanzar su propio perfeccionamiento, y para hacer el bien á los demás.

Por desgracia, no es este el punto de mira que la mayoría de nuestras matronas se propone al educar á los hijos que el Cielo ha puesto bajo de su maternal égida; sino que (penoso es confesarlo) muchas son las que ni se aperciben de la importancia de su elevada misión, ni se proponen un fin determinado.

Quieren mucho, muchísimo á sus hijos; pero su ternura sólo

se manifiesta por una condescendencia llevada hasta la debilidad; por un exceso de mimo, pernicioso, á la vez que á su educación moral, á su desarrollo físico. Vamos á probarlo.

La Higiene prescribe que al niño deben dársele, con método y regularidad, alimentos sanos y sustanciosos: que deben evitarse los condimentos y las bebidas exitantes, alcohólicas ó espirituosas, prefiriendo á toda otra el agua y la leche, que son las indicadas por la sabia Naturaleza; prescribe así mismo, que el niño debe gozar del aire puro de la mañana, y hacer ejercicios adecuados para obtener el desarrollo de su musculatura.

¿Se hace ésto? No por cierto.

Antes era costumbre que los niños se acostaran con el día y se levantaran con la aurora; hoy velan casi al igual de sus mayores; se levantan tarde, perezos y soñolientos; van á la mesa inapetentes, y no consienten en tomar alimento si no es á fuerza de ruegos y en cantidades homeopáticas. Y como sus mamás los quieren tanto y no pueden verlos llorar, se les da gusto. Más tarde se desquitan, comiendo con avidez dulces, frutas y golosinas. Resultado: niños enclenques, débiles, enfermizos, cuyo desarrollo se resentirá más tarde de esta dirección viciosa que contribuye á la ya tan sensible degeneración de nuestra raza.

Y si de la educación física pasamos á la moral, el alma se contrista, en verdad, al contemplar el cuadro que se presenta á nuestra vista.

Niños que aun no han llegado á la adolescencia, ostentan los vicios de la edad provectora. ¿Qué esperanza puede haber para la patria en una generación que inicia su ingreso á la vida bajo tan deplorables auspicios?

Y no se diga que exageramos el mal; pues lo mismo en las calles que en los templos, en las aulas como en el hogar doméstico, se encuentran las pruebas de tan desconsoladora verdad.

Creen algunos que el niño, hasta los siete ú ocho años, es un ser inconsciente á quien se debe abandonar á sus propias inclinaciones; á quien no se le puede pedir cuenta de sus actos; que proceder de otra suerte sería oprimirlo y amargarle los goces de la infancia, única edad feliz de la vida. Demasiado pronto, dicen, llegará el día de ir al colegio, donde tendrá que someterse á la disciplina, y el maestro corregirá los defectos provenientes del aturdimiento propio de la infancia.

Los que tal piensan, son víctimas de un funesto error. El alma del niño es un libro en blanco en que al padre, y más especialmente la madre, corresponde escribir las primeras páginas y bosquejar el plan general de la obra.

Cuando los principios son buenos, el trabajo del maestro es fácil y fructuoso.

Cayendo en terreno preparado, el buen grano germina, y la planta que crece lozana y vigorosa produce abundante fruta, lo contrario es edificar sobre arena.

La educación debe comenzar con la vida: y es la madre, repetimos, la llamada á desempeñar tan elevada misión. Es ella la que debe formar á los hombres del porvenir, á los futuros ciudadanos y á las que han de sucederla en el augusto sacerdocio de la maternidad.

Aún está el niño en mantillas, su lengua balbuciente no logra expresar sus pensamientos sino con el auxilio del lenguaje mímico, y ya abriga pasioncillas que el tiempo madurará. Ya es susceptible de la ira y de la envidia, de la venganza y de los celos. Es la naturaleza humana con sus vicios y sus virtudes en germen. Son fuerzas que, bien combinadas y dirigidas con acierto, darán un resultado feliz.

Tal es la tarea impuesta á la madre por la naturaleza. Ella debe trabajar porque todas las notas del instrumento armonizan entre sí, formando una combinación perfecta.

Ella, por medio de una acción ilustrada y perseverante, debe modificar las malas inclinaciones y robustecer las buenas tendencias; debe ser enérgica y firme, sin dureza; dulce y benévola, sin debilidad; y debe, ante todo, enseñar con el ejemplo, que es la más elocuente y eficaz de las enseñanzas.

Porque ¿cómo se logrará que el niño ame la verdad si observa que á ella falta su madre, que es el espejo en que él se mira?

¿Cómo se le exigirá que sea apacible y sufrido, si se le dan ejemplos de impaciencia y de ira?

¡Y cuántas veces, lejos de corregir las malas inclinaciones, se fomentan imprudentemente! ¡Cuántas veces se incita al niño á la venganza y á la cólera, á la mentira y al disimulo!

¡Cuántas veces hemos presenciado que al niño que hizo una travesurilla, se le dice candorosamente: ¿no es cierto, hijito, que fué fulano quien tal hizo? Y el niño, satisfecho, se apresura á contestar afirmativamente; y recibe así la primera lección de como se puede faltar á la verdad en provecho propio.

Otras veces sucede que se da un golpe, y, para consolarlo, se le invita á pegar al objeto en que se golpeó, haciéndole saborear el vedado placer de la venganza.

De igual modo se les acostumbra á no respetar el bien ajeno, y á imponer á los otros su despótica voluntad.

Así se les convierte en pequeños tiranos, cuyo pesado yugo

se hace insoportable cuando el tiempo borra las gracias infantiles.

Diréis que éstas son futilidades que no merecen tomarse en consideración. Os equivocáis, señoras. Esas pequeñeces son el grano que germina y fructifica, son los perfiles del cuadro de la vida, que el tiempo irá acentuando y coloreando más y más.

Cuidad de esas pequeñeces, madres de familia: la tarea se facilitará por sí sola.

Observad á todo momento esas tiernas plantas confiadas á vuestro maternal desvelo; apartad de ellas cuanto pueda dañarlas, y fomentad con esmero su desarrollo moral, sin descuidar por eso el físico y el intelectual.

Hacedos niños como ellos y, aprovechando su insaciable curiosidad infantil, enseñadles, sin fatigarlos, sus deberes para con Dios, para consigo mismos y para con sus semejantes.

Educad sus sentidos y cultivad su inteligencia.

Cada pregunta de ellos puede presentaros oportunidad para inculcarles una noción mora, ó hacerles conocer un objeto de la naturaleza ó del arte, las partes de que se compone, su utilidad ó procedencia, cuidando siempre de no burlar su credulidad, porque si se apercibe de que es engañado, desconfiará de vosotras y perdereis la autoridad de vuestra palabra, que debe ser para él la más pura expresión de la verdad.

Dos defectos hay que combatir tenazmente en los niños: la desobediencia y la vanidad. Esta, casi siempre es fomentada por sus propios padres, quienes no se cuidan de ocultar la admiración que les causa la constante transformación que á su vista se opera. Esos primeros destellos de inteligencia que tan rápidos y precoces son en nuestros climas tropicales, los enorgullecen; cada cual cree que su hijo es un portento y en todo superior á los de su edad.

A la perspicacia del niño no se ocultan estos juicios favorables, y concibe una alta idea de su propio mérito, que lo hace soberbio, indolente y perezoso, fatalmente persuadido de que su gran talento lo exime de la necesidad del estudio y del trabajo.

Este defecto, tan inconsideradamente fomentado, es, no vacilamos en asegurarlo, la causa de que se esterilicen talentos en los que se fundaban legítimas esperanzas.

La vanidad produce, en la vida moral é intelectual del hombre, idénticos efectos que el aire mofético de los pantanos en la vida animal: ella deseca y marchita las más hermosas flores de la inteligencia antes de que den el sazonado fruto que prometieran.

En cuanto á la obediencia, nunca se encarecerá bastante su necesidad; pues la falta de ella anula todas las ventajas de una buena educación y extiende al porvenir su funesto influjo.

El niño desobediente y altanero será un mal ciudadano que no se someterá de buen grado á la autoridad y á las leyes, ó una esposa indómita y caprichosa que introducirá la anarquía en su hogar.

Al hablar de la obediencia absoluta, sólo nos referimos á aquella edad en que el inexperto niño se deja llevar por la violencia y la movilidad de sus impresiones; en que el juicio aun no está formado y la razón no ejerce todavía su benéfica influencia; pero cuando la infancia va haciendo lugar á la pubertad, debe cambiar á su vez el sistema de educación que hasta entonces ha podido ser casi el mismo para ambos sexos.

En esa época de transición es cuando la madre discreta debe ir transformando gradualmente su autoridad, hasta llegar á ser la amiga y consejera de su hijo, más especialmente de su hija.

En la educación de ésta debe concentrar todas sus facultades afectivas.

Como el pintor que, habiendo logrado dar forma tangible á una hermosa concepción de su genio, se recrea contemplando su obra y que, corrigiendo pequeños detalles, cada día le agrega una nueva belleza, la madre debe ir perfeccionando día á día este trasunto de sí misma, procurando que la belleza moral de la copia exceda á la del original. Para conseguirlo se necesita, ante todo, perseverante observación y vigilancia.

Antiguamente era costumbre que las niñas permanecieran en el interior de la casa, alejadas de todo roce social; y ésto las hacía urañas y faltas de modales. Hoy alternan en la sociedad de los mayores, y adquieren un desembarazo y soltura que las hace perder bién pronto esa púdica timidez que tanto enamora en los pocos años. Parécenos que queriendo huir de un defecto, se hubiera incurrido en otro peor.

Efectivamente, ellas escuchan y toman parte en todas las conversaciones que, por sencillas que parezcan, (y no siempre lo son) van haciendo caer uno á uno los velos de su inocencia, de la inocencia que es á la niñez lo que el perfume á la flor.

No basta que la familia se abstenga de hablar de aquello que los niños no deben oír, pues la personas de fuera no siempre tendrán la misma discreción.

Acerca de este punto nunca tendrán las madres excesiva cautela.

Muchas veces parece que los niños no se fijaran en lo que que se hace ó se dice á su rededor y, sin embargo, á cada instante se tienen pruebas de lo contrario. A este propósito no puedo resistir á la tentación de referiros un gracioso lance ocurrido hace poco á una señora.

Conversaba ésta con una amiga suya, en tanto que un rapazuelo travesaba cerca de ellas sin parecer ocuparse de otra cosa que de sus juegos. En el curso de la conversación dice una de las dos señoras: «pero dos de ellos son hijos naturales» . . . y el niño, interrumpiéndola, pregunta con vivacidad: «¿Y los otros de qué son, de jebe? . . . Un coro de risas fué la contestación á esta salida que ponía de manifiesto, á la vez que su feliz ignorancia, el interés con que había seguido la conversación, cuando más distraído parecía.

Cualquier concepto que los niños escuchan sin comprenderlo, hiera su imaginación, y lo rumian y trabajan hasta que lo gran descifrar el enigma. El resultado de sus investigaciones no lo reservan para sí; sino que lo comunican á los de su círculo, que le escuchan con el interés de lo desconocido y el aliciente que siempre tiene el fruto vedado.

Es así como una conversación imprudente, una palabra, un acto impremeditado, puede afectar la inocencia del niño que la escucha y de otros con quienes está en relación.

Una buena educación femenina debe tener por base la Religión, la Moral y la Economía Doméstica.

Por educación religiosa, entendémos la práctica de la pura y sencilla moral evangélica; no las exageraciones que, exaltando la impresionable imaginación de las jóvenes, dan por resultado esas intermitencias místicas que se aproximan más al fanatismo intemperante que á la sincera piedad; que las alejan de la sociedad como de un peligro; y no pocas veces debilitan los lazos de la familia que, en beneficio común, deben estrecharse más y más cada día. «En el mundo del espíritu como en el de la materia, dice Jules Simon, no hay progreso que no se compre demasiado caro, si ataca en lo más mínimo los lazos sagrados de la familia.»

Aplicando este pensamiento á la educación religiosa, diremos que, si de alguna manera ataca el arca santa de la familia, separándola en vez de unirla, seguro es que se ha desviado de la ruta marcada por el Divino Maestro.

La mujer debe ser el sol de su hogar. Como el astro rey en la naturaleza, ella debe verificarlo y fecundarlo con su afecto. Para ésto debe poseer una cualidad que parece ingénita en su

corazón, y que las madres deben cultivar con esmerada solicitud: hablamos de la *abnegación*.

El hombre egoísta es antipático; la mujer egoísta es un ser repulsivo, una especie de fenómeno que se aparta del orden regular de la naturaleza.

¡Es tan propio de la mujer sacrificarse por el bien de los suyos; esparcir la alegría y el consuelo á su derredor; sufrir, con tal de dulcificar el sufrimiento de sus allegados; ser el ángel tutelar y la providencia de sus hijos!

Su misión es consolar; y nunca parece más bella y angelical sino cuando inmola sus placeres y hasta el necesario reposo en obsequio de los suyos.

La que no está pronta á sacrificar la visita ó el paseo para cumplir alguno de esos deberes de sublime caridad cristiana, es porque en su alma germina la venenosa planta del egoísmo.

Para evitar que se arraigue en los tiernos corazones de sus hijas, nunca trabajarán demasiado las que se proponen educarlas bien.

Un vicio que se ha infiltrado entre nosotros, como se filtra el virus en la sangre, es la pasión por el lujo.

Las chiquillas gastan hoy sedas y encajes en una profusión que asusta.

Habituadas á ello desde la cuna, cada día se les hace una necesidad más imprescindible, cuya satisfacción exigen de sus padres, como lo exigirán después de sus esposos.

Una señora muy discreta solía decir: «cada vestido de seda les quita un novio á las muchachas.» Y en efecto: un joven de modesta fortuna ó que sólo dispone de una pequeña renta, no puede echar sobre sí la abrumadora carga de poner casa y sostener el tren á que su pretendida está acostumbrada. Algunos temerarios que, viendo sólo el presente, se han lanzado por esa peligrosa vía, pronto han caído como el Icaro de la fábula, y visto pasar al mejor postor sus joyas y ricos mobiliarios en medio de las críticas de la sociedad.

Otros más prudentes, ó acaso más depravados, huyen del matrimonio como del cólera y forman uniones clandestinas con grave daño de la moral pública. Los registros de la estadística proporcionan, acerca de este punto, datos desconsoladores: casi siempre, en la lista de los nacidos, el número de los ilegítimos excede al de los legítimos.

No creemos que el lujo sea la única causa generadora de este mal; pero sí que es una de las principales.

Cierto es también que en muchos casos el lujo es más apa-

rente que real; que muchas señoritas, á fuerza de laboriosidad ó ingenio saben arreglarse y transformar, á poca costa, las prendas de vestir, dándoles cierto aspecto de elegante novedad. Para éstas no tenemos sino aplausos y felicitaciones; pero por desgracia no son las más.

De ordinario, las fanáticas adoradoras del lujo y de la moda, carecen de las más triviales nociones de economía doméstica. Madre de familia conocemos que no concibe cómo pueda arreglarse un vestido sin ocurrir á la modista.

Esas, desde luego, son incapaces de sujetarse á un presupuesto; y no bastándoles sus entradas ordinarias, echan mano del empeño, vergonzoso recurso que casi siempre da por consecuencia la pérdida de la prenda empeñada y el desequilibrio en la renta, preparando así la ruina de la familia.

La paz doméstica es muy raro que resista á tan dura prueba; antes bién, de ella se originan tantos y tan graves daños, que solo el considerarlos espanta y, convengamos en ello, todos tienen por origen una mala educación.

Dijimos antes y lo repetimos ahora: la madre debe ser la amiga y consejera de su hija, quien no debe tener secretos para ella.

Los secretos de las niñas fácilmente se adivinan: cuando el fruto está en sazón, tiende á separarse del tronco que lo sustenta.

La palabra mágica, el oculto impulso que hace latir el corazón de la joven, que agita su cerebro y excita su sistema nervioso—es el *amor*.

Madres, no pretendáis contrariarlo; pero sí procurad dirigirlo. El vapor comprimido con exceso puede hacer estallar la máquina; bién dirigido, puede realizar prodigios.

Evitad para vuestras hijas los amorcitos precoces y á hurtadillas que corrompen el corazón y encierran mil peligros; pero que sepan por vosotras mismas que pretender encontrar un alma gemela de la suya, un ser complemento de su ser, es una aspiración legítima y en la cual las ayudareis con vuestros consejos.

Si lograis conquistar su confianza, os ahorrareis muchos disgustos, y á ellas muchos peligros; y hareis segura guerra á los piratas callejeros, esa plaga corruptora, lepra de la sociedad, que invade las calles, los paseos y hasta los templos de la Divinidad, poniendo acechanzas á la inocencia.

Hacedlas ver el amor y el matrimonio, no como el miraje encantado y novelesco que les presenta su soñadora fantasía, sino como el acto trascendental que ha de decidir de la felicidad ó desdicha de su vida entera. Que no se consideren como el ído-

lo á quién un apasionado esposo ha de rendir perpétua adoración; sino como la compañera amante y discreta que con su sollicitud y afecto, conquistará su estimación y hará las delicias de su hogar.

Preparadlas, ante todo, para que puedan hacer frente á las tempestades de la vida.

No siempre la mujer se casa, y cuando se casa, por una cruel fatalidad, casi siempre sobrevive á su esposo. En uno y otro caso ¿cuál será su suerte, si no sabe conservar su fortuna, si la tiene, ó adquirir el sustento, si de ella carece?

Es esta una emergencia que debe preocupar vivamente á los padres de familia.

No eduqueis niñas que llegan á la vejez sin dejar de serlo; educad seres racionales, capaces de bastarse á sí mismos y de hacer frente á las eventualidades de la suerte.

No os conforméis con que vuestras hijas sepan medianamente un idioma, la música y los bordados; poneos siempre en el caso de que tengan que apelar á sus conocimientos para cubrir sus necesidades.

Es un salvavida que no debe faltar á los que cruzan el proceloso mar de la existencia.

Se acusa de frívola á la mujer, sin fijarse que la frivolidad no está en su espíritu sino en la completa y superficial educación que se la da. Su actividad y su inteligencia, faltas de un sólido alimento que las nutra, se emplean en futilidades, á la manera que la rica vid que la hoz del labrador no ha preparado diestramente se cubre de verde follaje; pero en vez del apreciado fruto solo da pobres y escasos racimos.

Termino, señores. Acaso me he extendido demasiado abusando de vuestra condescendencia; sin embargo, no he hecho sino tocar á la lijera un asunto tan vasto como interesante y complicado, cual es la educación de la mujer; de la mujer que, ayudada por el sacerdote y el maestro, es la llamada á operar una revolución social que cure las heridas de nuestra amada patria.

¡Ojalá que mis aspiraciones, ampliadas por el claro talento de las personas que me escuchan, dieran principio al movimiento regenerador que, moralizando la familia, extendiera su poderoso influjo en la sociedad!

Si tal sucediera, quedaría colmada la más vehemente de mis aspiraciones.

Teresa G. de Fanning.

Lima, Junio de 1888.